

Tiempo de utopías

La distopía ya está aquí

Mónica Díaz Macker

Nosotros, tan modernos, no solo no hemos alcanzado la sociedad pacífica, igualitaria, sino que hemos ido en la dirección opuesta



Foto 1998 (Ángel Orensanz)

Dos mil dieciséis es un buen año para conmemorar la *Utopía* de Tomás Moro, puesto que se cumplen quinientos años desde que se publicara. Moro fue el que, dando nombre a un cúmulo de aspiraciones sobre una sociedad mejor, creó un concepto que es sinónimo de ilusión, de esperanza... Utopía es esperanza de un mundo mejor... No era la primera vez que se tematizaba la idea de una sociedad ideal y la mención obligada es a la República de Platón, del s IV a.C.

Moro traza una sociedad cuyos valores son la igualdad, la justicia, la felicidad. La propiedad privada es rechazada como origen de los problemas entre los individuos y por eso se la sustituye por un nuevo contrato social que respete la dignidad de las personas a la vez que se rechaza toda forma de poder personal. La isla de Utopía es una comunidad

pacífica en la que las autoridades se eligen por voto popular (a diferencia de las sociedades de su tiempo); consta de 54 ciudades semejantes entre sí y en las que la mitad de sus habitantes se turnan cada dos años para ir a trabajar al campo mientras la otra mitad lo hace en la ciudad. Las viviendas son igualitarias y no se tienen en propiedad; cada 10 años se cambia de casa por sorteo. Hay un escalonamiento de la autoridad que arranca desde los jefes de familia, a los *sifograntes*, elegidos a razón de uno por cada 30 familias y los *traniboros*, elegidos a su vez por los *sifograntes*. Cada ciudad elige a un príncipe que es vitalicio, pero puede ser depuesto si hay sospecha de conducta tiránica, etc., etc.,

En este rápido vistazo, puede verse que algunos aspectos de *Utopía* siguen siendo utópicos... Nosotros, tan modernos, no sólo no hemos

alcanzado la sociedad pacífica, igualitaria, sino que hemos ido en la dirección opuesta...

También es actual la crítica a la sociedad de su tiempo cuando denuncia la “conjura de los ricos para procurarse sus propias comodidades en nombre de la República”. Los poderosos intentan valerse de añagazas para conservar los bienes de que se han apropiado con malas artes y abusan de los pobres pagándoles lo menos posible por su trabajo...

Pero, dejando de lado esa actualidad, la verdad es que en el tiempo transcurrido desde Moro, su potente concepto de Utopía ha sido completado con su opuesto que es el de Distopía, fenómeno mayormente literario, y en el que ya no se trata de imaginar un mundo venidero, en el que los humanos encontremos la manera de superar nuestras imperfecciones, sino que es la pintura de

un mundo, también futuro, pero en ese caso, disfuncional, maléfico, y que funciona como una fuerte crítica a las sociedades actuales, ya que sus horrores nacen de las desviaciones actuales del ideal.

José Ma. Merino, académico y Premio Nacional de Narrativa 2013, es responsable de la entrada de la palabra *Distopía* en la RAE y según él se trata de la “representación imaginaria de una sociedad futura con características negativas que son las causantes de alienación moral”. Esta literatura tiene sus grandes hitos como *Nosotros*, del ruso Zamiátin, y más recientes, *Un mundo feliz*, de Huxley, 1984, de Orwell y *Fahrenheit 451* de Ray Bradbury. En cada uno de ellos podemos ver como se condensan los temores de su tiempo: el estado opresor, el borrado de la cultura, la ciencia y la técnica al servicio de la deshumanización, etc.

En la segunda mitad del s XX la distopía da cabida a nuevos pavores como la amenaza robótica o de la tecnología, la extinción nuclear, la sobrepoblación o incluso el poder desatado de las grandes corporaciones. Llegados a este punto, tendremos que reconocer que el desplome de nuestra civilización occidental hacia el lado oscuro, avanza con tal velocidad que va alcanzando la *Distopía* de manera que, sin pretender crear alarma, tendremos que reconocer que la *Distopía* está ya aquí, entre nosotros...

Sobre este deterioro general y pérdida de valores, sobre la profundización de nuestros peores males, como es la brecha de la desigualdad (desde hace 20 años, nos decía Federico Mayor Zaragoza en las *Conversaciones de la Aljafería* hace un tiempo, la brecha entre ricos y pobres ha aumentado) o la aparente imposibilidad de erradicar la guerra, hemos encontrado unas reflexiones que vienen muy a cuento del poeta y escritor mexicano Octavio Paz, al recibir su premio Nobel de Literatura. En esa ocasión dijo él que le parecía que estábamos abandonando

la idea de Progreso, como en otras épocas abandonaron sus ideas rectoras. Pero abandonar nuestra idea de progreso afecta a nuestra visión del tiempo, de la historia y de nosotros mismos. Lo que lleva, según él, al hecho de que asistimos al crepúsculo del futuro debido a la crisis de las ideas y creencias básicas que nos han movido a los humanos desde hace más de dos siglos. Ahora está en cuestión el concepto de progreso continuo. No sólo porque los recursos naturales son finitos sino porque hemos causado daños quizás irreparables al medio ambiente. La misma especie se encuentra bajo amenaza, mientras la ciencia y la técnica han mostrado que pueden convertirse en agentes de destrucción. La misma existencia de armas nucleares refuta la idea de progreso, refutación que en sí misma resulta devastadora.

“ Ahora está en cuestión el concepto de progreso continuo. No solo porque los recursos naturales son finitos sino porque hemos causado daños quizás irreparables al medio ambiente. ”

Luego, la suerte del sujeto histórico, es decir, de la humanidad, a lo largo del siglo XX ha sido terrorífica. Dice Paz: “Muy pocas veces los pueblos y los individuos habían sufrido tanto: dos guerras mundiales, despotismo en los cinco continentes, la bomba atómica y, en fin, la multiplicación de una de las instituciones más crueles y mortíferas que han conocido los hombres, el campo de concentración”. Añade que, si los beneficios de la ciencia y la técnica son abundantes, no se pueden “cerrar los ojos ante las matanzas, torturas, humillaciones, degradaciones y otros daños que han sufrido millones de inocentes en nuestro siglo”. Y momento es de decir que

Octavio Paz, que fuera diplomático de su país, México, fue el único funcionario del gobierno que dimitió con motivo de la execrable matanza de estudiantes ocurrida en la Plaza de Tlatelolco en 1968 completamente imputable al mandatario de ese momento Gustavo Díaz Ordaz.

La conclusión de la reflexión de Paz es que la supuesta racionalidad de la historia se ha evaporado. Se pregunta si esto supone el fin de las utopías y cree que más bien se trata del fin de la idea de la historia como un fenómeno cuyo desarrollo se conoce de antemano.

Pero está claro que ese derrumbe de las utopías deja un enorme vacío porque ya no vivimos a la sombra de grandes sistemas religiosos o políticos que, si bien nos oprimían, también nos consolaban. Hasta aquí nos han servido de guías un conjunto de creencias metahistóricas. Hoy, carecemos de ellas. Por ello nadie quiere legislar sobre el porvenir, pero el presente nos pide esa reflexión global. Y para Paz “pensar el hoy significa ante todo, recobrar la mirada crítica”.

Por ejemplo, el triunfo de la economía de mercado cree él que no es motivo absoluto de regocijo ya que, si el mercado es un mecanismo eficaz para asignar recursos, por otro lado, deja fuera a demasiadas personas por todo el mundo. Por ello “hay que encontrar la manera de insertarlo en la sociedad para que sea la expresión del pacto social y un instrumento de justicia y de equidad”.

Díganme ustedes si en las palabras de Octavio Paz no resuenan las aspiraciones ¿ilusorias? de Tomás Moro.

Esto quiere decir que mientras la humanidad da vueltas en redondo, sin avanzar, durante quinientos años, lo que se ha encarnado entre nosotros no están siendo las utopías, sino las distopías. Ya no es solo el futuro el que nos da miedo, en estos momentos es el mismo presente el que lo hace.